



Año VII

DICIEMBRE 20 de 1903

Vol. XIII No. 12

EL POETA AL MUNDO

POR ESTEBAN BORRERO ECHEVERRÍA

¡Llegué confiado á tí! Dulce sonrisa
Era, en mis labios, de mi fe divisa;
Tú me hiciste llorar.

Virgen te dí mi alma; y en mi seno
Virtió tu mano, pródiga, el veneno
De tu odio mortal.

Tuve miedo de mí; tú me acusabas;
Temblé; de mis temores te burlabas:
Justo ví tu rigor.

¡Oh, mundo, sufrí tanto!... Era mi pena
Merecida á mis ojos, mi condena
Sufría, pecador.

¡Ay, cuántas veces al dolor oculto
Que yo te revelé, con torpe insulto
Respondiste cruel!

Eco fué de mi voz tu carcajada,
A mi efusión, de tu reserva helada
Opusiste la hiel.

Yo hubiera conquistado aplauso y gloria,
La tutela aceptando, vejatoria,
De torpe multitud;

Prestando adoración al dios del vicio,
Contigo haciendo, humilde, el sacrificio
Que le ofrecías tú.

Nuevo Procusto, en el terrible lecho
Sujetas tú las almas, á despecho
De su forma genial.

¡Triste de aquel que ceda en el combate;
Triste de aquel que tu sañoso embate
Se atreva á desafiar!

Y cuántos inocentes, desconfiados
De su misma inocencia, amedrentados
Temblaron junto á mí!.....

¡Cuántos!... Y yo también; sin experiencia
Reflejaba en la tuya mi conciencia
Para vivir en tí.

Y el sagrado depósito vendías,
Torpe ó malvado, y sin piedad herías
Mi limpio corazón;

Corrompiste con agria levadura,
Impuro sacerdote, la hostia pura
De aquella comunión.

De mi sueño, por fin, con mano dura
Me despertó el dolor; y tu impostura
Por suerte conocí.

Tras tanto sinsabor, su amarga ciencia
Enseñome, severa, la experiencia,
Y me aparté de tí.

Y si tus manos muestran todavía
Del manto virginal del alma mía
El sangriento jirón,

Ya no temo tus iras: malo ó necio,
Inspiras á mi espíritu desprecio
O inmensa compasión!



LA PASCUA

POR GABRIEL CAMPS

LA PASCUA!.....es decir, la molienda! Ya la tenemos ahí. Ahora por Navidad, empiezan sus faenas los ingenios. Los campos huelen á guarapo, los güines de las cañas, alzan con orgullo su penacho, los sitieros aprietan las carretas, y agitan el corvo machete, el hacendadianda impaciente para que el carpintero concluya los conductores y los mecánicos acaben las empaquetaduras. Ha llegado el día de romper molienda.

Todo es confusión en el batey, el maquinista parece asustado; está en capilla su reputación; el maestro de azúcar sentado en el banquillo de los tachos, con los jarros, los vidrios y los pesa siropes, listos y reluctantes: á un lado de las torres el montón de leña seca para alimentar los hornos. Como el marinero de Colón gritó ¡tierra! cuando divisó la mas hermosa que ojos humanos vieron, el hornero grita ¡vapor! El maquinista serio y grave, en su puesto, como el piloto junto al timón, echa las máquinas á andar. Hemos empezado. Una hora más tarde estamos en plena batalla, se han recorrido las juntas, se han tapado los escapes, la maquinaria funciona *al pelo*, el maquinista está ya tranquilo, el maestro sonriente, el hacendado confía, los colonos cantan mientras echan caña al conductor, las defecadoras hierven, toda la gente menuda del ingenio, los negros, las *mámas*, las señoritas de la casa de vivienda, esperan con los ojos llenos de fuego, su turno para probar el guarapo, ¡Qué dulce! ¡Y qué sano! dice el mayordomo, que entiende algo de literatura, de botánica y de higiene. La casa de

calderas sigue funcionando los tres ó cuatro meses que dura la zafra, de las centrífugas sale ya hecho y envasado el fruto de color de oro. Al *embullo* de los primeros momentos sigue la monotonía de la fábrica. Allí, en el envasadero, está el almacén de Cuba. Cada libra de azúcar puede decir con ufanía: yo alimento, yo enriquezco, por mi hay Estado y leyes, movimiento y vida.

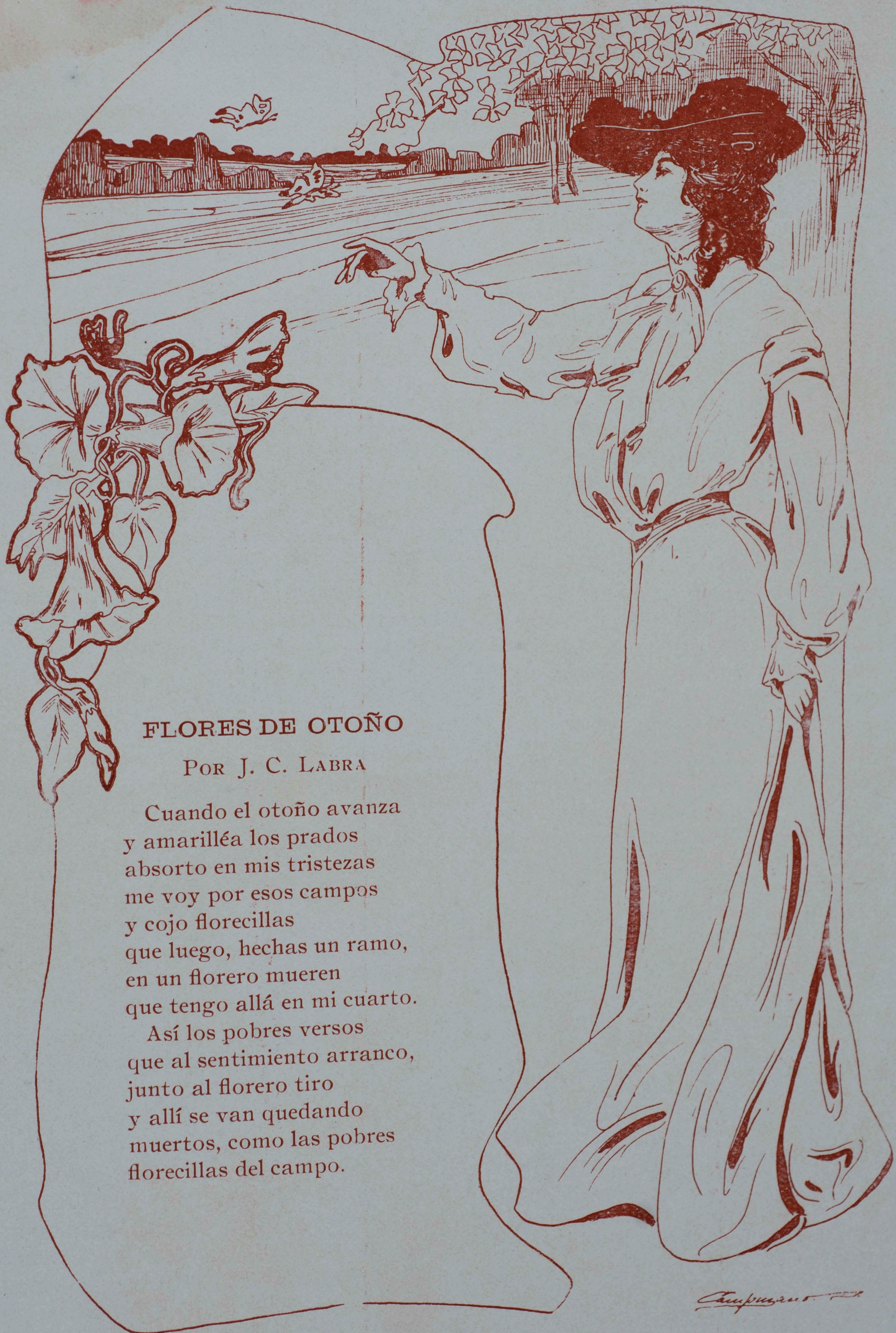
Podrán los hombres en su maldad y en su egoísmo, crear obstáculos artificiales á la producción azucarera de Cuba; pero, Dios, que reparte á los hombres y á los pueblos sus dones por igual, ha querido que nuestra caña no desaparezca de los campos; guerras, crisis intensas, todo conspira contra ella; ella besa la mano que la hiere, como el árbol del sándalo perfuma el hacha traidora.

Por tí, dulce caña, el país depauperado tras sus cruentas luchas y sus hondas crisis espera recojer la rica recompensa de la prosperidad en un porvenir cercano, como Toribio, el mocetón mayoral espera recojer después de la molienda el fruto de sus afanes y volver relativamente rico al pueblo donde quedó esperándole la mujer amada, para unir á ella su destino y alcanzar la dicha terrena de las dulzuras del amor y del hogar tranquilo y próspero.

Para él no hay Navidad ni fiestas, sino trabajo y noble empeño.

Y al caer la tarde, y recomenzar la faena de la molienda pensando en ella, sólo en ella, canta con acento melancólico y tierno:

Cuando la luna declina
debajo de los mameyes
me pongo á enyugar los bueyes
porque es hora de fagina.



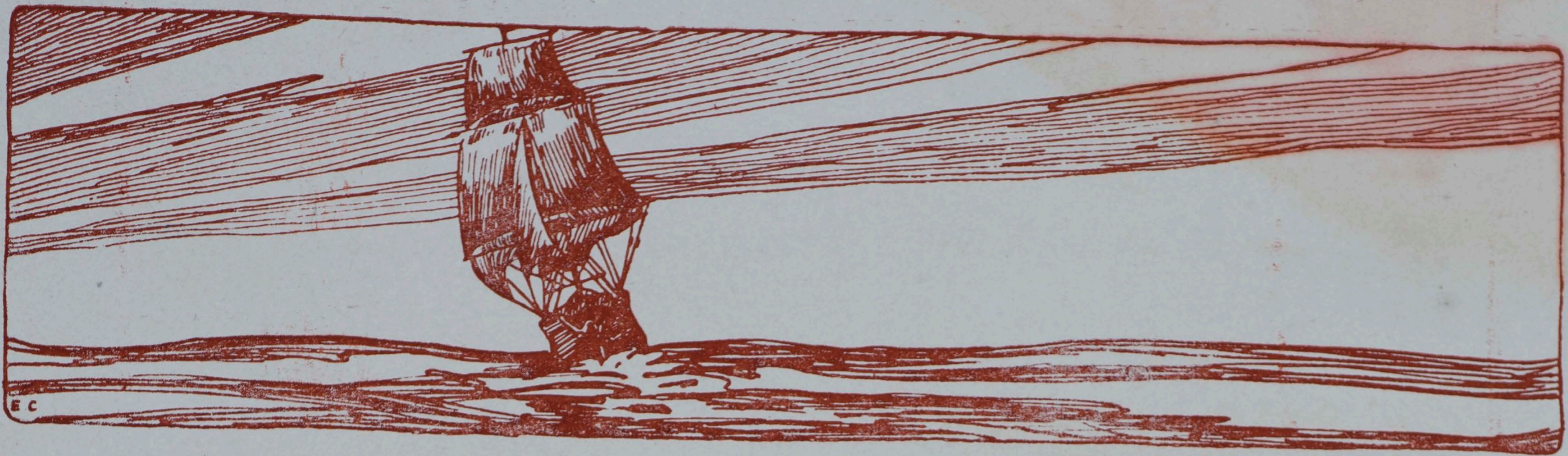
FLORES DE OTOÑO

POR J. C. LABRA

Cuando el otoño avanza
y amarilléa los prados
absorto en mis tristezas
me voy por esos campos
y cojo florecillas
que luego, hechas un ramo,
en un florero mueren
que tengo allá en mi cuarto.

Así los pobres versos
que al sentimiento arranco,
junto al florero tiro
y allí se van quedando
muertos, como las pobres
florecillas del campo.

Chapman



EL HIJO DEL PESCADOR

POR PRUDENCIO FERNÁNDEZ SOLARES

I

Sabéis dónde nació? De algún marino
Hijo tal vez, no es raro
Que la luz de algún faro
Al nacer alumbrase su camino.
Sobre el cerro escabroso
Que corona el canal resplandeciente
Vive la pobre gente
Que al mar debe alegrías y dolores.
Allí, en choza de humildes pescadores,
Escasos de fortuna,
De miserable paja en triste cuna,
Por vez primera se quedó dormido,
Más que al arrullo del cantar materno,
Á las voces del mar que, embravecido,
La costa azota con fragor eterno.
De la infancia dichosa
Pasó contento los primeros años,
Y sin penas ni engaños
Se deslizó su vida candorosa.

II

Un día, sorprendiendo sus placeres,
La tierna madre le abrazó llorando.
—Qué tienes, madre mía?
Le dijo; y ella, en fuerzas desmayando,
—Mal haya, sollozó, quien hijos cría,
Que ausente de ellos morirá penando!
Besóla el tierno niño,
Con ardiente cariño,
Y saltando, ligero como el viento,
Siguió á su padre, que con voz serena:
—Ea, muchacho, dijo, ¡á la faena!
Como el gamo, veloz llegó á la rada,
Do al vaivén de las olas columpiada
La lancha pescadora
Parece que decía:
“Ya de partir es hora,
La noche acaba, se aproxima el día.”
—No hay tiempo que perder! el viejo exclama;
El viento ya se echó, la luz nos llama.
Boguemos, y Dios sea en nuestra guía!

III

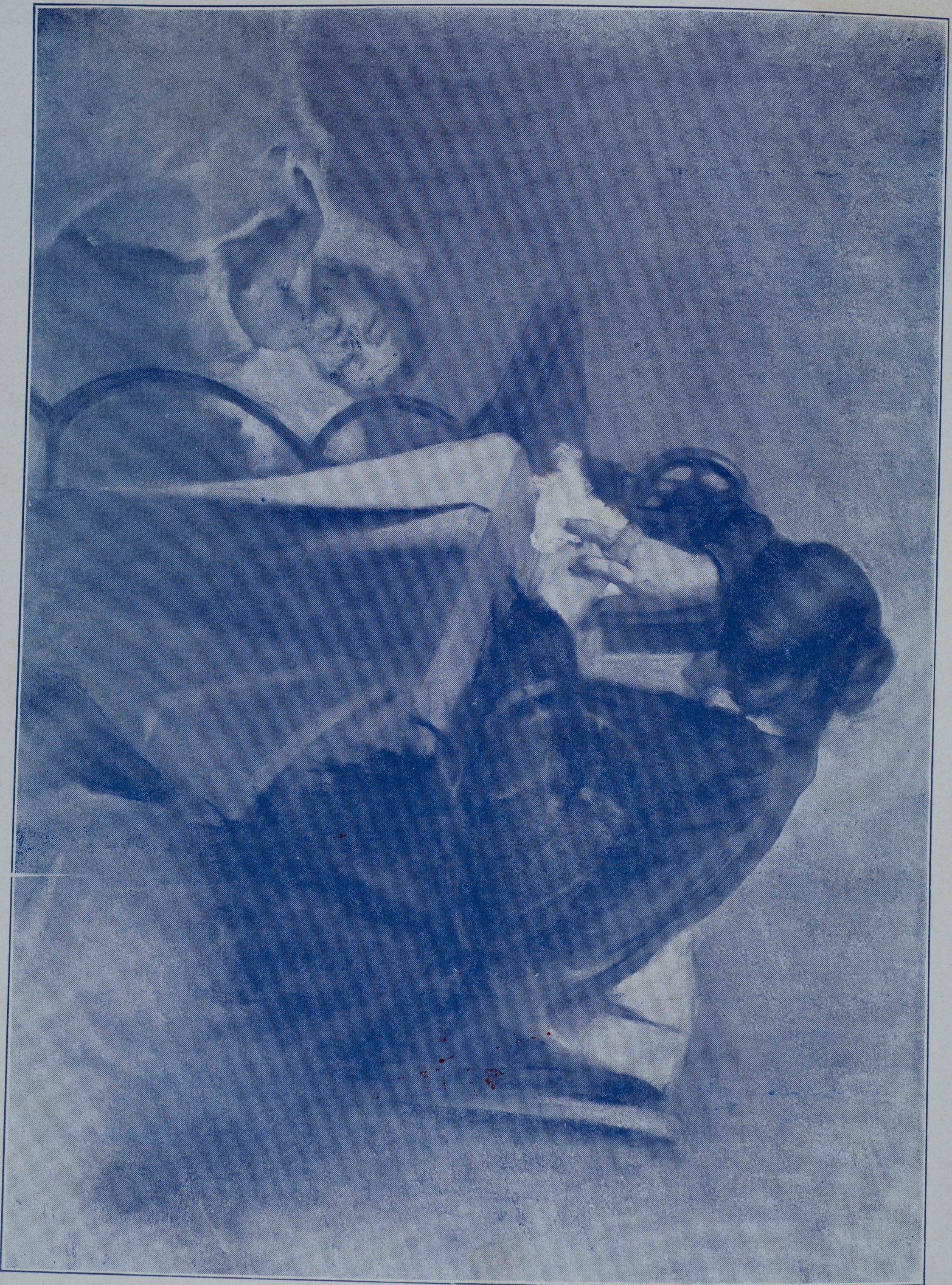
Con la vela tendida
Y cual pluma que el céfiro arrebató,
La débil barca, al mar jamás rendida,
Vuela dejando en pos surcos de plata.
Ya en la altura, la lona recogieron,
Y abriendo el corazón á la esperanza

De una pesca feliz, la red tendieron,
Mientras el sol por el Oriente avanza.
Y pasaron las horas... Mas ¿qué incierto
Vago temor acometió al marino
Que haciendo temer por su destino
De pronto quiere retornar al puerto?
¿Qué racha helada de huracán furioso,
Qué negra nube de feroz tormenta
Sintió pasar ó columbró angustioso,
Que así le desalienta?
Súbita sombra envuelve el horizonte;
Muge el viento, la mar hínchase y crece
Y deshecho el timón, falto de rumbo,
El mísero bajel, de tumbo en tumbo,
Sobre horrendas vorágines se mece.
Ante el peligro, el viejo
Pescador se apresura
A regresar; recoge el aparejo;
Pero antes que la barca sin ventura
Pueda ganar la orilla deseada,
Con estruendo rasgándose y pavura
La región infinita
Fuego y agua vomita
Que olas levantan en la mar airada.
Rendida, fatigada como el ave,
Que cruza los espacios sin reposo
La infortunada nave
Perdióse en el abismo... proceloso.
Nada quedó sobre la faz sombría
Del inmenso oleaje,
Que en su furor salvaje
Con montañas de espuma el sol cubría.

IV

En tanto allá á lo lejos
Sobre el cerro que luz siniestra dora
Con lívidos reflejos,
La gente pescadora
Testigo absorto de la horrible escena,
De tristes quejas el espacio llena
Y medrosa é iracunda, reza ó llora.
Sopló la brisa en la extensión ya muda,
Y en la playa desierta
La desolada viuda
Interrogaba al mar con faz de muerta.
Interrogaba al mar...; pero ¡ay! en vano.
Cuando se persuadió que el oceano
Ni un eco devolvía á su lamento,
La madre amante, la infeliz esposa
Cayó al dolor postrada, cual la rosa
Que rueda destrozada por el viento!





¡ABANDONADA! Cuadro de Leopoldo Romañach

ABANDONADA

POR RAMIRO CABRERA

UNA MAÑANA Ofelia acompañó á su amante hasta la puerta de la calle y recibiendo un beso en su frente, le dijo risueña y dichosa:

—Hasta luego!.....

Ofelia era entonces feliz. Adoraba á su Juan y Juan parecía que sólo miraba por los ojos de su Ofelia.

Cuando desapareció al doblar la esquina el tiempo era claro y hermoso. La naturaleza parecía compartir con ella su tranquilidad y sus venturas.

A poco de vagar su imaginación tras la silueta de Juan, cerró la puerta muy despacio, y se dirigió á la cama de su hijo.

Raul, ya despierto, daba golpes con sus manecitas sobre las almohadas.

Al mediodía, el cielo se nubló por completo, y Ofelia al notarlo, se entristeció, sin que pudiera explicarse las causas de su abatimiento.

¿Era aquello presagio de cercanos dolores, de un porvenir dudoso é incierto?

La felicidad es siempre precursora de las desgracias.

Ella había visto como el cielo claro y luciente de la mañana se tornó sombrío y triste á las pocas horas, y pensó que si hasta entonces era la más feliz de las mujeres un día podría llegar en que su felicidad se trocara por la más horrible de las angustias; que su Juan la abandonase!

Y esa fuerza del presentimiento tuvo su rudo desenlace.

Juan no volvió como de costumbre aquella tarde á su casa.

Al principio pensó que tal vez su Juan había tropezado con motivos muy serios para no volver; pero las horas corrían y la casita limpia y alegre de sus amores, no se animaba con su presencia.....

Hacia cerca de medio año que una mañana Ofelia acompañó á su

amante hasta la puerta de la calle y recibiendo un beso en su frente le dijo, risueña y dichosa:

—Hasta luego.

Los primeros días de ausencia los soportó, alimentada únicamente por la esperanza.

Cada minuto que corría surcaba una huella de angustias en su pecho.

Ofelia se hubiera muerto, si en un momento de profundo pesar, Raul, el hijo de sus entrañas, el hijo de Juan, no hubiera saltado sobre sus rodillas acariciando inocente y ansioso su cara empapada por el llanto, para decirle:

—¡Mamá, tengo hambre!

¡Hambre! Aquella palabra resonó en sus oídos con tétrica entonación!

Su hijo tenía hambre y su abandono podía causarle la muerte.

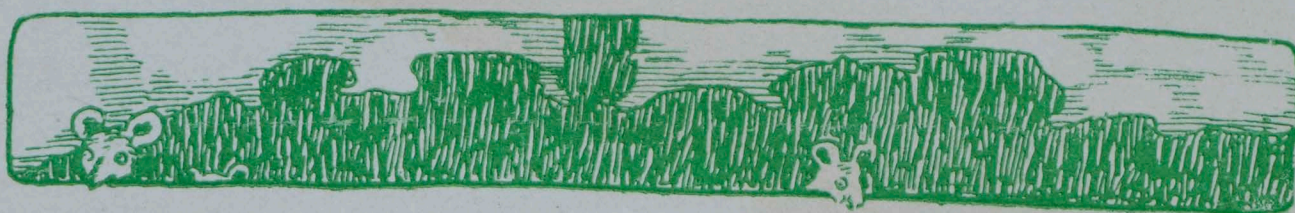
Era preciso trabajar para que su Raul viviera, para que Juan lo encontrase á su lado si alguna vez volvía.

A la mañana siguiente Ofelia vendió las últimas prendas que le quedaban y con su producto compró una máquina de coser.

No le faltó trabajo y á la salida del sol los primeros rayos de luz que entraban por la ventana la saludaban, entregada ya á la faena.

Muchas noches con el frío de la madrugada, al resplandor de la vela, teniendo á su lado al pequeño Raul que dormía tranquilo y ajeno á las tristezas de su pobre madre, la infeliz Ofelia, apoyaba los brazos, extenuada de cansancio, sobre su máquina, y reclinando en ellos su frente abrasada por la fiebre, revolvía sus tristes recuerdos trayendo á su imaginación la escena de aquella mañana en que acompañó á su amante hasta la puerta de la calle y recibiendo un beso en su frente le dijo risueña y dichosa:

—Hasta luego!.....



LA MEJOR VIDA

(CUENTO DE NOEL)

POR HÉCTOR DE SAAVEDRA

Ilustrado por la Srita. Campuzano

PARA PEPE JEREZ

La pretensión de la independencia, del desenvolvimiento libre, del *laissez aller*, es sostenida con mayor calor, precisamente por los que no obedecen á rienda alguna. Esto es un síntoma de decadencia: nuestra idea moderna de la "libertad" es una prueba más de la degeneración de los instintos.

(*Le crepuscule des idoles*).

FRED NIETZSCHE

VIVÍA, casi, en el Club, gozando á sus anchas de aquella libertad é independencia que daba el Círculo. Allá en su departamento de soltero estaba el tiempo preciso para el reposo del sueño y las necesidades de la *toilette*; pero terminada ésta, que hacía de prisa y sin escrúpulo de elegancia, salía á la calle y de ella al "Unión" donde estaba toda su familia, parentela divertida y cómoda que jamás le daba un disgusto ni le contrariaba en sus acciones.

Era una vida feliz aquella que llevaba Pepe González, sin que nadie se metiera en sus asuntos ni le tomara cuenta del tiempo invertido. A la hora que mejor le acomodaba se iba á dormir y en su casa, libre de preguntas indiscretas ó fastidiosas, cogía la cama, rendido de sueño, fueran las doce de la noche ó las tres de la mañana, sin que nadie alterase la paz casi sepulcral, de su vivienda que cuidaba y arreglaba en su ausencia un criado mudo ya á fuerza de guardar silencio, y autómatas al fin por costumbre de hacer diariamente la misma cosa. Al mediodía se levantaba y ¡á la calle! á hacer algún negocio y á almorzar en cualquier fonda, de prisa y corriendo. Por la tarde volvía un momento á casa, á cambiarse de ropa para la noche, y antes de ir al teatro, ó á una visita, se hacía servir la comida en una mesita que un criado del Club le traía al mismo balcón, donde él estaba recostado en un sillón, gozando beatíficamente de la tranquilidad de aquella

hora, entre siete y ocho, en que todos los miembros del Círculo se iban á sus casas con sus esposas ó sus hermanos ó sus padres.

Comía él, solo y sin familia, es verdad, pero lo hacía tan libre y cómodamente que era una envidia. El criado le ponía delante la mesita, cubierta con un blanco mantel y adornada con la plata del Club, y allí le servía silencioso y correcto, como un buen criado, los platos que su capricho le sugería. Era aquello, muchas veces, una comida incongruente, como las que hacía el emperador Napoleón el Grande que mezclaba la sopa con el dulce y la carne con el postre, levantándose á media comida para tomar café ó fumar un cigarrillo. Napoleón fué el primer y único francés que desconoció y nunca paró mientes en la importancia de los manjares, ignorando toda la vida lo que era el culto á esa gastronomía de que son tan fervorosos los hijos de aquella tierra que Dios protege.

Pepe González, que no hubiera querido, por nada del mundo, ser Napoleón, por no verse metido en tanto brete, tenía con el emperador la semejanza de sus comidas desarregladas. Pedía tortilla y arroz con pollo, á las ocho de la noche, como si tratara de almorzar, y empezaba por frituras olvidando la sopa. Todo esto era delicioso. Es verdad que el pomo del bicarbonato de soda figuraba muchas veces en el *menú*, pero eso era la pena, que él encontraba muy justa, que debía pagar, por todas aquellas combi-

naciones estafalarias y á deshora.

En cambio tenía ante su vista el espectáculo del movimien-



to que á lo lejos presentaba el Parque Central, con sus muchos carruajes que circulaban por las calles laterales y las luces del hotel "Inglaterra" y "Helados de París", que centelleaban, y hasta un anunciador lumínico que de rato en rato presentaba alguna escena viviente en cinematógrafo. No tenía precio aquella hora tan suave en que comía, charlando con algún miembro del Club, retrasado, que merodeaba por los salones en busca de palique para matar unos minutos.

Y cuando estaba solo, Pepe González, se entretenía bondadosamente en tirarle pedacitos de pan ó de queso á un microscópico ratoncito que salía de su cueva y se le plantaba delante. El animalito, no más grande que el dedo meñique de una niña, habiendo adquirido confianza con el tiempo y el regalo, salía siempre de debajo de una consola allí próxima y se paraba á esperar la pitanza, que se llevaba corriendo

á ocultar en su rincón, tan pronto como la atrapaba. Pepe se divertía mucho con el *guayabito* que era una monada y hasta sin ganas de tomarle, pedía el queso nada más que para obsequiar á su gracioso convidado.

Así transcurrían los días y las semanas, más satisfecho que nunca de aquella vida de soltero, pasada en el Club entre amigos, siempre corteses y políticos, discurriendo entre la biblioteca y el billar, sin opresiones, ni obligaciones, ni deberes fastidiosos y prolijos.

Recordaba como antes había hecho la vida de familia y había tenido que sopor-

tar á las tías, los

sobrinos y los cuñados.

Aquello sí que era un suplicio, con la obligación de estar á horas fijas y

aguardar á los demás, sometiendo su voluntad á las reglas de familia. Imposible le fué aguantar por mucho tiempo aquel yugo, así es que en la primera ocasión lo rompió yendo á vivir solo y á hacer su santa voluntad sin reconocer freno ni obligación alguna.

Todo el verano se pasó en esta dulce placidez, de libre albedrío, con aquellas comidas en el balcón, hechas á la brisa y con la compañía del minúsculo ratoncito que venía también á hacer su merienda de *clubman*, como ratón independiente, solo y feliz...

El invierno, que poco altera nuestras costumbres, tampoco varió las de Pepe González, que fué al teatro por matar dos ó tres horas todas las noches, y asistió á algunas recepciones y bailes.

La víspera de Navidad, el Noel que celebra el mundo cristiano, se presentó con la alegría de siempre. Por todas partes se veían los preparativos para las cenas; los restaurants enseñaban en grandes

mostradores las ricas golosinas y los sabrosos asados, y la gente buliendo por todos los contornos se aprestaba á pasar la noche en suculenta comida.

Pepe fué de visita á casa de unos amigos muy buenos que tenía, y donde lo pasaba, regularmente, con gusto. Allí se reunían, con las muchachas de la casa, que eran encantadoras, otras señoritas no menos distinguidas y algunos caballeros, amigos de Pepe, y socios del "Unión Club". Aquella tarde la saboreó muy agradablemente; las niñas hicieron música y hasta hubo su poquito de baile.

A eso de las siete y media, se levantó Pepe de su sillón donde estaba muellemente reclinado gozando de aquel ambiente encantador, y empezó á despedirse.

—¡Ah! ¿Cómo es eso?—exclamaron las muchachas—¿Se marcha usted? ¡Quédese!

—Acompañenos usted á comer—le dijo el papá—comeremos un poco tarde pero esa será nuestra cena.

—¡Quédese usted!—repetieron la mamá y las hijas.

Pepe vacilaba, porque, á la verdad, se sentía tan bien que no tenía ganas de irse.

¿Y por qué he de marcharme?—se

preguntó á sí mismo.—¿No soy libre de hacer lo que quiera? Decididamente me quedo.

Iba ya á acceder á las súplicas que oía en torno suyo, cuando un recuerdo que le vino á la memoria le contuvo súbitamente. Con resolución firme se excusó diciendo:

—No puedo; es imposible. Tengo un compromiso con el que no contaba.

No insistieron más los otros, por buena educación, y Pepe salió dirigiéndose al Club.

Al llegar allí se encontró los salones desiertos. Florencio, el viejo criado que le servía, hacía años, le preguntó con interés que excusaba la familiaridad.

—Don Pepe ¿cómo es que no va usted á cenar fuera? ¿Está usted malo?

—No, Florencio; gracias, me siento bien. Mira, sírveme la comida como todos los días y tráeme un pedazo de lechón, que hay que celebrar la Noche Buena.

—Está bien, señorito.

—¡Ah!... y no olvides el queso, eh!...

Y sentándose en el sillón murmuró para sí mientras se alejaba el criado:

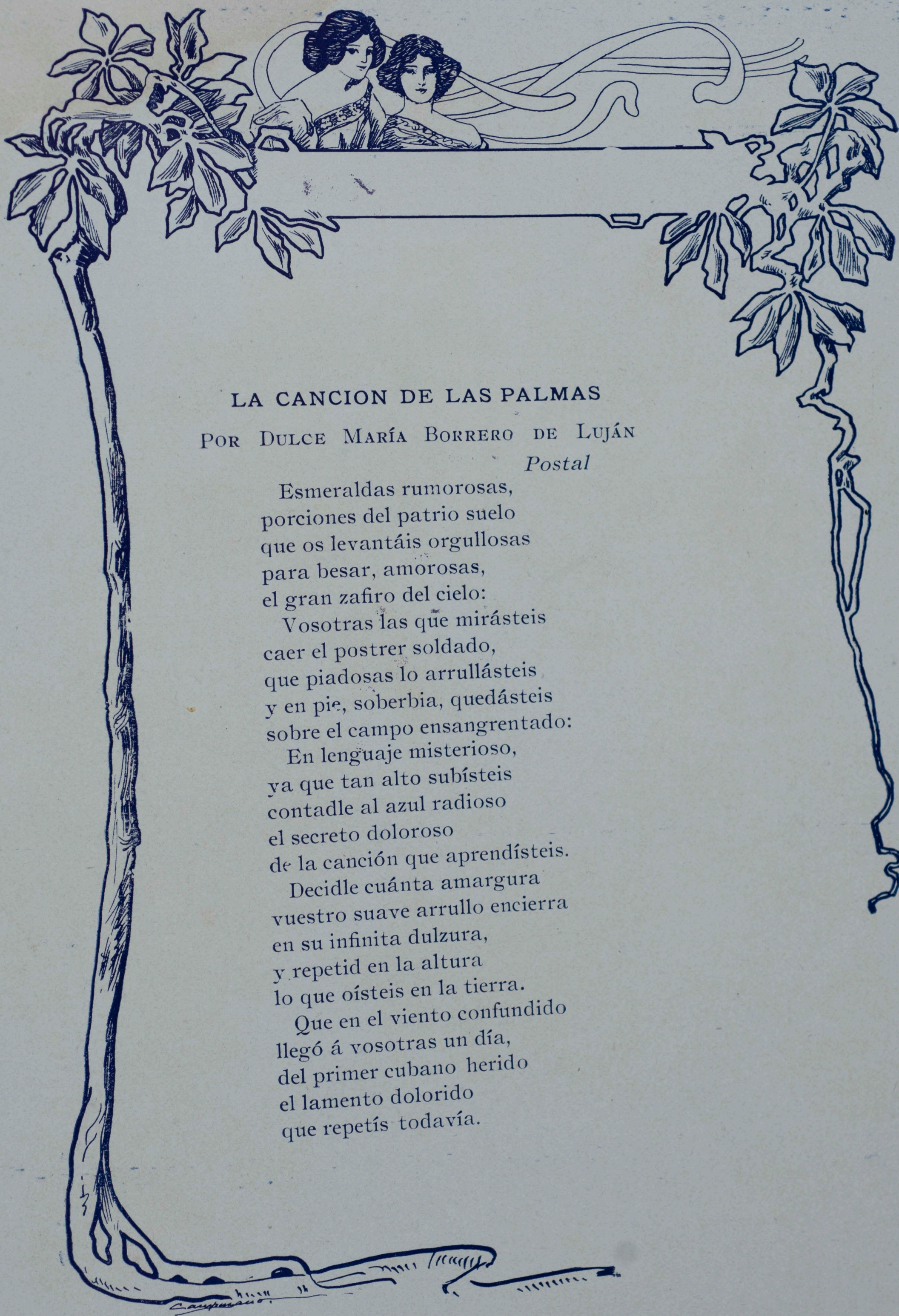
—¡Como iba á dejar sin comer al pobre animalito!

NOVIEMBRE

POR LUÍS RODRÍGUEZ EMBIL

Llueven agua las nubes, y los árboles
llueven hojas; el cielo
está gris y ceñudo:
huyó de las campiñas el contento,
de las mieses maduras, de los cantos,
del azul firmamento,
del sol rubio y ardiente
y el sonar argentino del cencerro.
Llueven agua las nubes;
y en las calles del pueblo
una tristeza fosca y aplastante
desciende de los cielos,
y brota de las casas silenciosas
y su be desde el cieno
que hace la lluvia con el polvo unida...
Y llueve sin cesar.
Áspero viento
arremolina en el jardín las hojas.
Se encienden los braseros...

El verano se fué. Se fué el verano
de dulces goces lleno,
de cielos sonrientes
y de sutiles estremecimientos,
y en los jardines públicos
ya no se escuchan besos
ni suena ya la música;
los jardines también están de duelo,
porque las pobres rosas del verano,
una por una han muerto...
Sigue lloviendo siempre;
reina un cansancio tétrico
en el mundo, en los rostros; y en el alma
renacen dolorosos los recuerdos;
se piensa en los ausentes
y se piensa en los muertos,
mientras la lluvia suena, lenta, triste,
como un raro lamento,
y va cubriendo el mundo un velo tenue
de tristeza y de tedio...



LA CANCION DE LAS PALMAS

POR DULCE MARÍA BORRERO DE LUJÁN

Postal

Esmeraldas rumorosas,
porciones del patrio suelo
que os levantáis orgullosas
para besar, amorosas,
el gran zafiro del cielo:

Vosotras las que mirásteis
caer el postrer soldado,
que piadosas lo arrullásteis
y en pie, soberbia, quedásteis
sobre el campo ensangrentado:

En lenguaje misterioso,
ya que tan alto subísteis
contadle al azul radioso
el secreto doloroso
de la canción que aprendísteis.

Decidle cuánta amargura
vuestro suave arrullo encierra
en su infinita dulzura,
y repetid en la altura
lo que oísteis en la tierra.

Que en el viento confundido
llegó á vosotras un día,
del primer cubano herido
el lamento dolorido
que repetís todavía.



LA PRIMAVERA

POR JOSÉ E. TRIAY

A Raimundo Cabrera

Tras los rigores del Invierno frío
vuelve otra vez la hermosa Primavera,
y canta el tomeguín en la pradera
y en suave curso se desliza el río.

La rosa, con gallardo señorío,
rompe el botón, y en el jardín impera,
y cuando brilla en la azulada esfera
el Sol, hace sentir su poderío.

¡Bien vengas, estación de los amores,
con tus brisas, tus cantos y tus flores,
tú de la juventud perenne egida!

Yo te miro llegar con amargura,
porque tu hermoso Sol ya no fulgura
en el Invierno triste de mi vida.

UN PARENTESIS

POR JESÚS CASTELLANOS

Ilustrado por la Srita. Campuzano

Del libro de Santa Clauss

DESDE su modesto camerino, vestida con pobreza coquetona, escuchaba Elena el rumor de la ciudad, que distraía alegre y escandalosamente las mejores horas de la Noche Buena.

Por el enorme ventanón del muro que cerraba al fondo el teatro, se colaba una ruidosa mezcla de coplas vibrantes, murmullos de bordones estremecidos sobre guitarras, gritos á pleno pulmón, mezcla sugestiva y contagiosa que embriagaba como los perfumes muy fuertes.

Pero Elena tenía muchos pensamientos bailando en su hermosa cabecita aureclada por un halo de cabellos castaños, para que sobre su alma hiciera impresión todo aquel eco del bienestar ajeno.

El estruendo de su triunfo, apagado ya hacía media hora, vibraba aún en sus oídos y llegaba á su corazón en una oleada de ternura, de orgullo, de confianza en sí misma que no había sentido hasta aquel momento de su vida. Sentía nacer dentro de sí una personalidad nueva y experimentaba un inefable placer ante la invasión de la otra Elena intrusa que empezaba á vivir y á gobernar en su espíritu...

Por primera vez desde que se inscribiera en aquella compañía de verso, encauzando un tanto su vida nómada, había hecho un papel de poca importancia. Debía su ascenso á Mr. Clinton, soberbio tipo de yanqui, dueño de un frac y un mo-



nóculo que aristocratizaban el ambiente del camerino y la seguían de un lado á otro mientras ella recibía las felicitaciones. Su amistad con el empresario le había conseguido aquel papel en sustitución de la segunda dama que había roto su contrata.

Elena no escuchaba nada; hablaba maquinalmente. Sentía una vaga melancolía que la aprisionaba, y no sonreía con su delicioso descaro de costumbre á sus amigos de parranda. Sólo hubiera deseado que acabase á prisa el capítulo de enhorabuena, porque todo aquel marco de vicio la molestaba. Por primera vez se entregaba á sueños de gloria, sueños de arte que la hacían pensar en que la vida valía para algo más que aquel errar constante de pájaro sin nido.

Se acordó de su hijita, de su Carmela. ¡Oh, qué tiempo hacía que en sus recuerdos no la veía como ahora con tal aureola de bondad! Y entre los chistes de grueso calibre que se cruzaban de un lado á otro del camerino la corroía el corazón cruel impaciencia por volar á la cuna donde debía dormir la chiquilla y fortificar con un beso aquel estado de alma que podría ser el

comienzo de un cambio de dirección. ¡Qué bueno es á veces tener hijos!....

Habría que atravesar la ciudad, tocar en la casa de su abuela, donde la había instalado por una medida de prudencia...

Al fin pudo suspirar con holgura cuando por el pasillo desapareció el último faldón, y apenas oyó á Mr. Clinton cuando al estrecharle la mano después de todos, le recordó la hora de la cita, fijada desde el día anterior, para cenar juntos aquella noche.

¡Atravesar la ciudad! Que largo viaje arrebuja en el fondo de un coche hasta el otro extremo, hasta los barrios pobres, donde dormían los obreros fatigados...

Pero era Noche Buena y nadie dormía á aquella hora. La ciudad celebraba á la moderna la llegada del Mesías, escupiendo á sus habitantes de las casas á la calle. Los faroles del coche iban iluminando á trechos las multitudes grises. De cada boca salía una canción distinta, cada coche cargado de alegría democrática llevaba una diversa dirección, de cada guitarra salía un suspiro triste apoyando las cadencias de la copla. Y todo fundido en el eterno *ritornello*:

“que esta noche es Noche Buena y es noche de no dormir...”

¡Noche Buena! Y de qué modo tan distinto había visto reclinada

sobre el hombro de Clinton deslizarse las horas de la otra, la de un año antes. Fué recordándola detalle por detalle. Se acordó de Santa Clauss, aquel viejo de barba grande y blanca como un talud de nieve, de que le había hablado su amigo, y que bajaba de las montañas con cargamento de juguetes para los niños buenos... ¡Qué alegre é ingeniosa le había parecido aquella leyenda cuando á la mañana siguiente encontró un puñado de oro en sus zapatos! ¡Cosas de yanquis!

Santa Clauss no visitaría seguramente á su Carmela, porque no para todos tiene la bondad esos dis-

fraces de *Pére Noel* ó *Rey Mago*. Acaso no tendría ni zapatos donde dejarle los juguetes...

¡Si ella se los llevara! Pero ¿dónde encontrar una juguetería abierta á esas horas? Sólo el vicio tenía aquella noche sus puertas francas..... Y este contratiempo le oprimió el corazón é hizo que sus ojos brillasen con lágrimas en la oscuridad...

En casa de la abuela no se perdía el tiempo pensando en Elena. Se

cenaba con escándalo en el comedor. No le costó gran trabajo sacar á su arrapiezo del butacón en que dormía y llevarlo como quien hace un secuestro al coche. La chiquilla se dejaba besar con cierta expresión de susto en sus ojos cargados de sueño.



Aquel otro viaje fué muy corto. La pobre arrepentida hablaba muy bajo; y como quien hace una confesión, como si la niña pudiera entenderla, le decía al oído:

—Mira Carmelita, Santa Clauss, el viejo Santa Clauss ¿sabes? te ha traído lo que más necesitabas... Te ha traído una madre muy buena que te querrá siempre, siempre...



Y como al bajar á la acera columbrase la silueta de mister Clinton, que aguardaba desesperadamente como quien intenta continuar un sueño, cubrió á su hija con el manto y se asió á la aldaba murmurando:

—¡Hoy nó! Quiero al menos hacerme la ilusión de que emprendo vida nueva.... Mañana ¡acaso será la misma!

DE NOEL

POR FEDERICO UHRBACH

I

En la alcoba, el endeble enfermito
de fiebre se abrasa,
mientras vibra en la calle el alegre
que el éter desgarrá.
Un ensueño ha cruzado la mente
del pobre enfermito,
y en sus ojos profundos fulguran
destellos vivísimos.
El amable Saint Claus, sonriente
y pródigo cruza
semejante á un fantasma forjado
con rayos de luna.
Delirante el endeble enfermito
se sienta en el lecho,
y al pierrot que le brinda el fantasma
saluda con besos.

II

En la alcoba el abuelo solloza
velando, velando.....

junto á un blanco pierrot que parece
llorar á su lado.
Ya el ensueño no cruza la mente
del pobre enfermito,
ni en sus ojos profundos fulguran
destellos vivísimos.
El amable Saint Claus melancólico
y triste se oculta
semejante á un fantasma que fuera
el dios de las tumbas.
Sonriente el endeble enfermito
reposa en el lecho
y el pierrot á su lado parece
que eleva sus rezos.

III

En la alcoba, entre cirios, muy pálido,
el niño descansa,
mientras vibra en la calle el alegre
que el éter desgarrá.





NOCHE BUENA

POR ESTEBAN FONCUEVA

Allá en el norte triste, donde el pino abre sus ramas lánguidas y escuetas hacia la esfera grís de la cual bajan anchos jirones de tupida niebla; cuando la nieve cae y se amontona, blanca y sutil, sobre la dura tierra, por tradición los pueblos se preparan á celebrar la santa Noche-Buena; noche de las familias que se agrupan en el sagrado hogar de sus quimeras, no sé si á recordar dichas pasadas ó á endulzar pesadumbres y tristezas, con vino que se espacia en los cristales, entre burbujas diáfanas é inquietas, al calor suave de amorosos lazos que más aduna apetitosa mesa. Sucédense canciones y cantantes, vibra el recuerdo de pasada ausencia y en el fondo del alma dolorida se aletarga un instante la tristeza. Rostros queridos, seres adorados, hoy se juntan, se abrazan y se encuentran y van mañana solos por el mundo llevados al azar de la existencia. Otros, el sueño eterno de la vida acaso dormirán bajo la tierra para ser el martirio doloroso de noches que vendrán, de Noche-Buena, que malas han de ser para el que viva sujetos al honor de sus miserias. Noche-Buenas, de encantos misteriosos, noches felices que ejendráis las penas, yo casi no os conozco, y no puedo decir si sois amables y sois bellas, porque en mi patria, al amoroso impulso, al calor de una noche siempre espléndida, viendo el cielo brillante, el mar tranquilo, los árboles en calma placentera; oyendo el dulce són de las guitarras y las guarachas lánguidas ó tiernas, os pasé entre locuras de la vida bajo el tibio fulgor de las estrellas.

EL DIARIO DE LA MONJA

Prólogo de una novela

POR RICARDO BUENAMAR

Ilustrado por A. Jiménez

I
[AS MEMORIAS que contienen las siguientes páginas, pueden publicarse sin que exciten la curiosidad mundana ni den lugar á murmuraciones. Las personas á quienes aluden han desaparecido del mundo y ya nadie las recuerda y los sucesos en que figuraron como actores se desarrollaron en época tan lejana que sólo puede servir su evocación de motivo de estudio, ó de mero recreo á los que leen novelas para pasar el tiempo ó para sentir con las emociones ajenas.

La pobre enclaustrada que escribió el libro que vamos á publicar reposa ya para siempre en una fosa solitaria y desconocida y para guardar vivo su recuerdo y compadecer las miserias de su vida, sólo queda el amigo agradecido que recogió como último legado el manuscrito en que vació su alma de santa y de mártir.

II

Hace veinticinco años me hallaba solo en mi modesto despacho de abogado novel, estudiando con ardor un grueso expediente, cuando entró un mensajero y puso en mis manos un billete que ostentaba sobre mi nombre en su cubierta una cruz trazada con dos rasgos de pluma finísimos.

“Mi buen amigo Ricardo, decía la esquela; pasado mañana á medio día profesaré en el convento de monjas de Santa C... Antes de to-



mar el velo y separarme para siempre del mundo donde sólo me queda su amistad, entre los pocos afectos que he tenido, deseo verle por la última vez para hacerle un encargo y decirle adiós.

Mañana á las dos de la tarde le aguardará en el locutorio en traje de novicia la que será pasado mañana la madre *Brígida*.

M. S."

La letra, la firma, que me eran perfectamente conocidas, trajeron á mi imaginación un cúmulo de recuerdos de la buena amiga que en tales instantes reclamaba mi visita y que todavía joven y esplendorosamente bella se resolvía á sepultarse en las bóvedas de un convento; y con un sentimiento de tristeza compasiva hice el propósito de no faltar á la cita.

III

Mi joven esposa vino solícita, con esa solicitud cariñosa y casi infantil de los días de luna de miel, á interrumpirme en mis cavilaciones para reprenderme por el exceso con que me entregaba al trabajo y al hallarme con aquella carta abierta sobre el pupitre y leerla por encima de mis hombros, me preguntó riendo:—Qué novela es esta?—Una vieja amiga que profesa, le dije.—Irás? agregó.—Iré.

Al día siguiente, cuando me ayudaba á ponerme el sombrero de copa y me despedía en la puerta de nuestra modesta casita de casados pobres, me dijo en tono de duda y de broma:

—Vuelve pronto y cuidado con la monjita.

IV

Las puertas del claustro se abrieron sin dificultad y entré en el locutorio, sintiendo que el corazón me latía con violencia.

Allí me esperaba M. S. con su traje de novicia, sola, como si las autoridades del convento y las demás monjas hubiesen consentido en aquella última entrevista de una

adepta con un extraño á la orden y la hubiesen otorgado la más amplia libertad para departir con él.

—Qué bueno es V., Ricardo, me dijo; tenía la seguridad de que vendría V. y he sentido sus pasos y su presencia desde que llegó á la puerta de la calle.

No sé qué contesté: pero recuerdo que estuve confuso y vacilante en mi conversación como si me hallase en presencia de un moribundo.

Sólo cuando me hube sentado á su lado, y se levantó el velo y pude ver de nuevo aquellos hermosos ojos negros y brillantes que despedían miradas inteligentes y tristes, y contemplar su rostro aún hermo-seado con los rasgos de la juventud que conservan radiante é incólume muchas mujeres á los treinta y cinco años, me dí cuenta de que hablaba con la misma amiga que yo llevaba en mis recuerdos, mayor que yo en diez años pero aun llena de vida y vigor y llamada por sus encantos, sus raras dotes y sus virtudes á ser matrona y diosa de un hogar feliz y no reclusa de un convento oscuro é infecundo.

—Mi resolución está hecha, me dijo, contestando á una temerosa objeción mía; de ese mundo que dejo y donde fuí tan poco feliz sólo me queda el recuerdo de la amistad de usted. Los que van á morir pueden tener un deseo y una prodigalidad. Mi deseo, que es un ruego para V., es que todos los años á partir de hoy y mientras usted exista en la Habana y yo exista, me haga V. una visita sin que V. me vea. ¿Está V. conforme? El día de Navidad á las nueve de la mañana todos los años, asista V. á la misa mayor en la capilla del convento, póngase V. junto á la puerta que da á la calle y esté allí de diez minutos, un cuarto de hora... Yo estaré en el coro y le veré y recordaré que hay en el mundo un amigo mío..... Me lo promete V., me lo jura?

—Lo prometo, lo juro! contesté con efusión.

—Vaya ahora la prodigalidad,

añadió sonriendo. Póngase V. este anillo: y tomando mi mano con un temblor convulsivo puso en mi dedo meñique un anillo con un rico brillante engarzado.

—Es ya mi único patrimonio, dijo, y se lo lego como dejan los que mueren su herencia á los que les so-

venga también con su esposa... y con sus hijos. También tendré ocasión de bendecirlos.

V

Dios sabe que he cumplido mi promesa año por año.

Solo ó con mi esposa que aceptó por obediencia á mí ó por esa tierna simpatía que la mujer buena experimenta por los seres que sufren, ó con mis hijos que han asistido inconscientemente, he sido durante veinticuatro años fiel á la cita.

Junto á la puerta del templo he presentido su mirada y he oído su voz dulce y conocida entre las del coro, animarse á mi presencia manifestando la santa alegría de un alma pura que ve que es con lealtad correspondida.

VI

El día de Navidad este año no oí en el coro la voz de la madre Brígida.

Sentí una emoción triste: emoción ya de un viejo que sabe que todo tiene su término en la vida.

A los pocos minutos de hallarme de pie en la puerta de la capilla se

me acercó un hombre de color, anciano, y me dijo entregándome un grueso paquete del tamaño de un libro cerrado con una cinta negra: —Señor; de parte de la madre Superiora.

Miré al coro con los ojos húmedos y tembloroso y triste volví á casa.



breviven. Úselo V. siempre en mi nombre y que su vista renueve en su alma la memoria de la promesa que me ha hecho.

Debió asomar en mis ojos una lágrima, porque poniéndose de pie, exclamó:

—No llore usted, yo ya no lloro. Adiós, no me olvide; y me condujo á la puerta.

Al llegar á ella, me dijo apretándome la mano:

—Y no venga V. á visitarme solo:

El paquete contenía el libro de memorias de la monja, depósito de sus impresiones más íntimas; el adiós postrero de aquella alma justa que llegó á los sesenta años de edad con dos amores puros

en el alma: el amor terreno á un hombre que no la comprendió jamás, que no podía ser para ella, y el amor á Dios, en cuyo seno murió con la Santidad de las vírgenes.

NOCHE BUENA

POR CARLOS PÍO UHRBACH

Bebe, de su carrera en el ocaso
el grave anciano de mirada altiva,
por cuya austera frente pensativa
ya la decrepitud marca su paso.

Búcaro de los sueños, alza el vaso,
ebria la cortesana que cautiva,
y el fúlgido licor, cálido aviva
de sus mejillas el purpúreo raso.

Estridente y beodo vocerío,
como estrofa deforme del gentío,
á la nocturna majestad desgarrá;
y en la dormida atmósfera serena,
rima el canto triunfal de Noche Buena
el vibrante bordón de la guitarra.

INVERNAL...!

POR JOSÉ M. CARBONELL

Ya se acerca el invierno. Languidecen
Los lirios por el cierzo entumecidos,
Y en la terraza azul, mústios se mecen
Los claveles cual labios encendidos.

Del astro-rey los rayos desfallecen
Como pájaros rojos ateridos;
Las nítidas estrellas palidecen,
Y las aves se ocultan en sus nidos.

¡Todo está gris!..... el árbol del sendero,
Desnudo como el triste pordiosero,
Entona de la tarde el funeral;

Y allá en su lecho de violáceas flores,
Se aduermen como mágicos amores
Los destellos de un sol primaveral.....





ESPERANZAS Y RECUERDOS

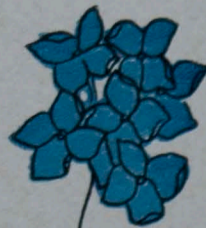
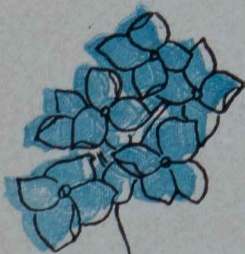
POR CRISTINA G. ROSETTI

(Traducción de F. Selén)

Sentada á orillas del río
Comenzó alegre á cantar,
Al rayo del sol de estío
Viendo los prados verdear.

Yo á los rayos de la luna
Triste me senté á llorar,
Las flores viendo, una á una,
En las ondas zozobrar.

De esperanzas fué su canto;
De recuerdos mi aflicción.....
Perdióse en el mar mi llanto,
Y en el aire su canción.



AL INVIERNO

POR FERNANDO DE ZAYAS

En otros climas bajo turbio cielo
hasta el pensar en tí produce frío:
¡que es tu nombre la cifra del hastío
grabada en una página de hielo!

Témpanos mil como nevados montes
del mar navegan en la linfa verde,
y la mirada es ave que se pierde
en los interminables horizontes.

Un volcán solitario que perfora
el cielo, cual gigante monolito,
parece amenazar al infinito
con una majestad aterradora.

Grisáceos lobos con ligero trote
dejan en són de guerra sus guaridas
por cazar á las focas escondidas
en la angosta ensenada de un islote.

Dos osos, jugueteando en las escarpas,
sobre las piernas sus figuras mecen
y acróbatas ridículos parecen
cuando proyectan sus horribles zarpas.

La bóveda es un techo de alabastro
y, como un ave de pesado vuelo,
casi no se levanta sobre el suelo
al llegar al zenit el débil Astro.

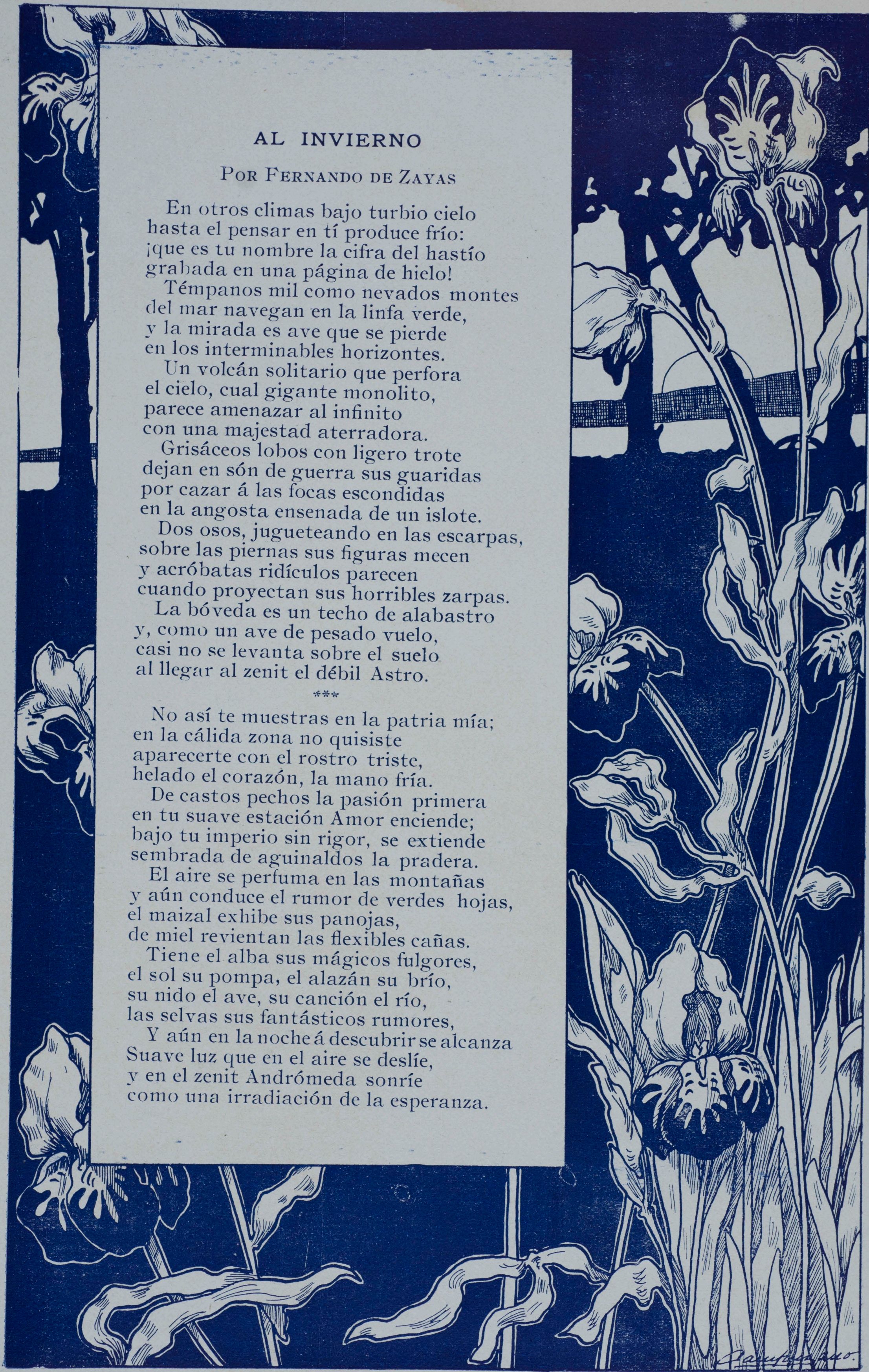
No así te muestras en la patria mía;
en la cálida zona no quisiste
aparecerte con el rostro triste,
helado el corazón, la mano fría.

De castos pechos la pasión primera
en tu suave estación Amor enciende;
bajo tu imperio sin rigor, se extiende
sembrada de aguinaldos la pradera.

El aire se perfuma en las montañas
y aún conduce el rumor de verdes hojas,
el maizal exhibe sus panojas,
de miel revientan las flexibles cañas.

Tiene el alba sus mágicos fulgores,
el sol su pompa, el alazán su brío,
su nido el ave, su canción el río,
las selvas sus fantásticos rumores,

Y aún en la noche á descubrir se alcanza
Suave luz que en el aire se deslíe,
y en el zenit Andrómeda sonrío
como una irradiación de la esperanza.





EL MAS FIEL COMPAÑERO

POR M. MUÑOZ BUSTAMANTE

AL COMANDANTE Luis Díaz—acampado en el *Potreron*, muy cerca de Puerto Príncipe,—le avisaron sus exploradores que una fuerte columna española acababa de salir de la capital camagüeyana con dirección á la hacienda *Molina*.

Sabedor de la noticia, mandó el comandante Díaz, que el teniente Elpidio Agüero, saliera acompañado de dos parejas á tirotear dicha columna.

El teniente Agüero, emprendió en el acto la marcha hacia *Molina*, y no tardó en internarse por entre un guayabal trillado que le ofrecía casi absoluta seguridad.

Pero la columna que saliera de Puerto Príncipe, lejos de acampar en la hacienda de marras, como esperaban los cubanos, no hizo mas que detenerse en ella brevísimos instantes, y prosiguió su marcha, tomando precisamente por el mismo guayabal que había escogido el teniente Agüero, para llevar á cabo su delicadísima comisión.

El trillo por donde marchaban los mambises describía una curva. El trote de sus cabalgaduras les impedía oír el ruido que formaba las fuerzas españolas, las cuales fuerzas avanzaban en dirección á ellos, encubiertas por el ramaje de los guayabos. Además iban charlando alegremente los cinco hombres y aquella charla distraía su atención.

¿Cuál no sería, por lo tanto, su

sorpresa al darse de narices con la guerrilla que formaba la extrema vanguardia del enemigo?

—¡Fuego!—ordenó Agüero á sus soldados.

Una ligera descarga hirió el aire, y los cubanos volvieron enseguida grupas como almas á quienes llevaré el diablo.

La guerrilla, ensoberbecida por su superioridad numérica, los cargó rabiosamente. No había en el guayabal otro sendero por donde andar á caballo que aquel maldito trillo. Detrás de los patriotas volaban los guerrilleros con las pupilas encendidas por el odio y en alto los espantables machetes. De cuando en cuando, alguno de los perseguidos volvía de pronto y disparaba su arma contra el perseguidor más próximo, haciéndole morder el polvo. Semejaba aquella terrible persecución una como encarnizada cacería de fieras.

De súbito, advirtió el teniente Agüero que un guerrillero iba á dividirle con el filo de su machete, y para evitar el tremendo golpe, se lanzó de su caballo, refugiándose en lo espeso del guayabal. Pero mientras más corría á través de la arboleda, notaba el joven oficial que más de cerca le perseguía el enemigo, cuyos jinetes le iban siempre á la zaga. Agüero, según las palabras del teniente coronel Rogelio Mora, era todo lo valiente que puede ser un hombre. Al verse acosado

y sin fuerzas ya para seguir huyendo se dispuso á vender cara su vida y, amartillando el rifle, volvi6se de repente para morir como mueren los bravos en la guerra, cara á cara con el enemigo, escupiéndole pólvora y plomo.

Pero la estupefacción del teniente Agüero no tuvo límites, cuando vió que su caballo de batalla estaba junto á él, sudoroso y espumeante. El noble bruto le miraba regocijadamente, como si quisiera expresar con aquella mirada conmovedora toda su alegría por haber encontrado nuevamente al amo que creía muerto.

El teniente Agüero le acarició conmovido. En vez de venirle la muerte le llovía desde el cielo un socorro. El cariñoso animal le había seguido como un perro.

Pero aun existía el peligro; los españoles tenían cercado el guayabal y preparábanse á reconocerle. El teniente Agüero se dispuso, por ello, á salir de lugar tan comprometido. Jinete sobre su arrogante caballo, empezó á buscar salida. ¡Difícil empeño! Por todas partes divisaba sombreros con escarapelas españolas. Al fin, desesperado de buscar inútilmente, espoleó á su cabalgadura, y con el acero en la diestra y dispuesto á estrellarse contra la columna entera, salió á escape del guayabal.

Pero aquel día la suerte estaba reñida con el teniente Agüero, pues al salir éste de su escondrijo, tropezó con un pelotón enemigo y tuvo que abrirse campo á machetazos. Toda la caballería se le echó entonces encima. Agüero huía con ligereza prodigiosa. Enfrente había un monte. Si el joven oficial no conseguía ganarle en breve, era hombre al agua. Afortunadamente, consiguió alcanzarle y, desmontándose, de un salto penetró en la espesura. Pero mientras más se internaba en la manigua, más de cerca le seguía el enemigo. El pisar de un caballo le atormentaba sus oídos..... Pronto le despedazarían los guerrilleros.....

Y otra vez detuvo Agüero sus pasos, montó el rifle, y se volvió para morir como un león acorralado.

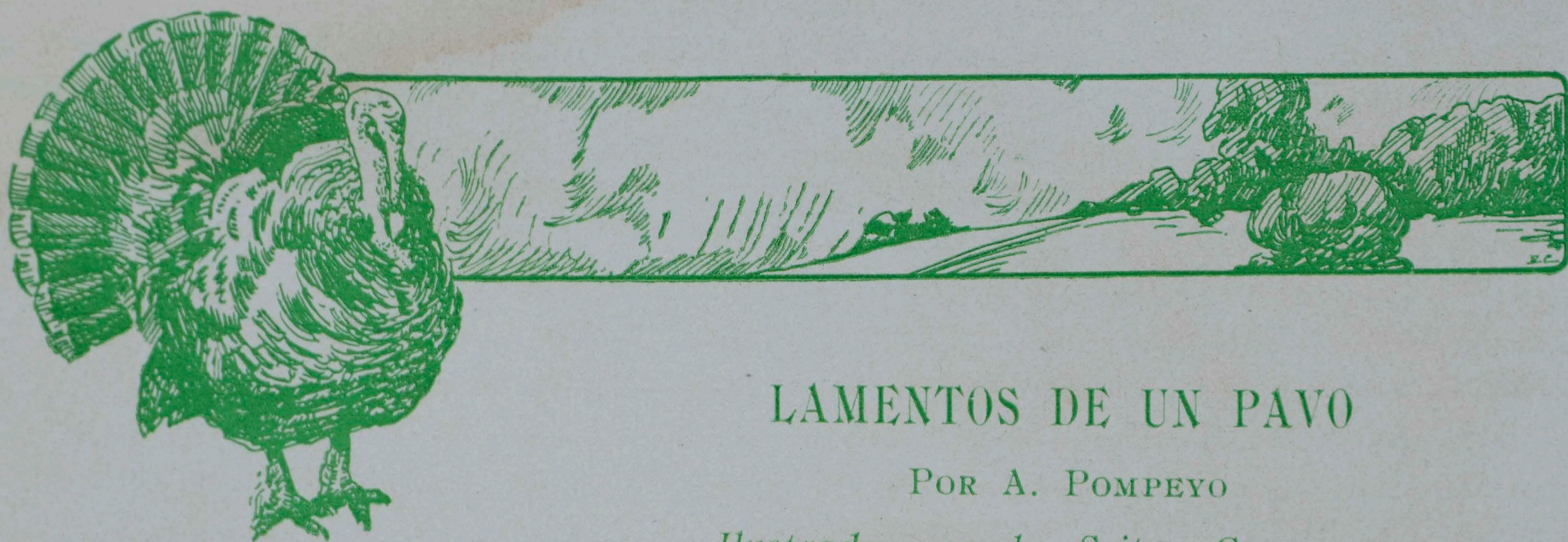
¡Nuevo asombro del her6ico fugitivo! No era el enemigo quien le perseguía, sino su corcel, que estaba allí dispuesto á seguirle siempre, aunque fuese en el último trance.

El oficial patriota abrazó á su corcel como si abrazara á su mejor compañero.

La columna española cansada de buscar y rebuscar entre el monte, se retiró á *Molina*.

Y entonces el teniente Elpidio Agüero, caballero sobre su incomparable corcel, llegó sano y salvo al campamento del comandante Luis Díaz, contó á todos el insólito suceso, y quizás si se quedó pensando que el caballo era un animal superior al hombre.





LAMENTOS DE UN PAVO

POR A. POMPEYO

Ilustrado por la Srita. Campuzano

PAVO FUÉ MI PADRE, como yo, y pava mi madre. A la última la recuerdo perfectamente. Pobre víctima sacrificada el pasado año, por esta misma época, en aras de la voracidad del hombre, enemigo jurado de mi especie.

No sé por qué llamaban *guanaja* á mi madre, porque cumplió hábilmente con los deberes de madre cariñosa y esposa fiel. Dirigió mis primeros pasos, subvino á mis necesidades y me enseñó á defenderme de los peligros que me rodeaban, sobre todo el de perecer ahogado en una laguna que había en la finca donde ví la luz primera, en Guanajay.

Siempre la oí lamentarse de la indiferencia de mi papá y sobre todo de su inconstancia. "Mientras me hacía el amor, decía ella, todo eran ruegos, seguridades y promesas; pero después que poseyó la prenda, la del humo." Decididamente no fué mi padre consecuente como los palomos que me rodeaban, que se contentaban con sus respectivas compañeras. *El guanajo* de mi padre tenía en cambio otras cualidades: era esbelto y arrogante, de negras pintas matizadas y se destacaba por su altura, el brillo de sus plumas y la cresta descendente que adornaba su cabeza y que se enrojecía por la menor contrariedad. Su andar era lento; pero ninguno con más majestad se pavoneaba para hacer la rueda; la rueda amorosa con que arrastraba las voluntades y subyugaba á las hembras de la pavería. Pero de nada le valió su

arrogancia, porque al fin y á la postre, víctima fué también de la glotonería del hombre, que es insaciable.

De todos mis antecesores que conocí en la finca, sólo recuerdo que no fuese sacrificado un pavo viejo y enfermo que por sus años y experiencia fué el que me descorrió el velo de mi porvenir, que no puede ser más *pavo-roso*.

Los hombres fomentau nuestra cría, nos engordan para luego degollarnos impiamente y engullirnos, convertidas nuestras hermosas y relucientes pechugas, las más de las veces, en preciosas lonjas para sandwiches. ¿Dónde están los sentimientos de humanidad, de filantropía, de altruismo de que tanto blasonan los hombres? Todo eso es pura teoría. Para nosotros los pavos no hay adelanto ni civilización ni piedad siquiera!

Los primeros guanajos vinieron de España, como los gorriones, los cuales debieran más bien llamarse *gorrones*, porque viven de gorra sobre el país. La situación de los pavos no ha cambiado en nada con el trascurso de los tiempos. Desde Colón á la fecha servimos de pasto del hombre y de la mujer, que en eso de comernos son iguales el uno y la otra, saboreándonos ambos con la misma fruición. Ni la gallina da caldo más sustancioso que nosotros. Asados rellenos, en montería no tiene nuestra carne rival en nutrimento y buen gusto.

¡Triste destino nos ha cabido en suerte! El hombre y muchos otros

animales tienen derecho á morir tranquilamente, cuando les llega la hora, es verdad; pero á lo menos sus restos van á reposar tranquilamente en la tierra; mientras que á nosotros, ¡con cuánta diferencia se nos trata! Somos decapitados, guisados, descuartizados y nuestros restos quedan esparcidos y anonadados. Y eso nos sucede porque somos débiles, porque somos pacíficos y mansos, porque somos *guanajos* y nos faltan alas para volar ó garras fuertes con qué defendernos.

Se acabó la soberanía española; pasaron por aquí los yanquis, que también eran amigos del pavo, y disfrutaban los cubanos de libertad; pero nosotros los pavos no hemos podido cambiar nuestra suerte: ayer como hoy no hay banquete donde no nos hagan figurar honrosamente, ni hay festín donde no representemos un papel importante. Y los humanos no solamente no muestran su agradecimiento sino

que les servimos de befa, pues somos el símbolo de los sosos, de los mentecatos, á los que por mal nombre se les llama *guanajos*.

Se nos toma en boca inoportunamente y cuando los enamorados contemplan con la boca abierta á sus adorados tormentos por la parte exterior de las ventanas ó bien de silla á silla, cuando se miran con

ojos de carnero degollado, se dice que están pelando la *pava*. Cuando en los bailes se quedan las muchachas sin compañeros con que danzar, también se dice que comen *pavo*. ¡Ya quisieran ellas! Llega esta época fatal para nosotros, los alrededores de Noche Buena y de Pascuas, y nos hacen salir por las calles, llevándonos

al trote y haciéndonos bailar la *pavana*, contra nuestra voluntad, y nos pregonan, nos ofrecen al mejor postor y nos llaman los *sentenciados*.

¡¡Esto da pavor!!



EL DÍA Y LA NOCHE

POR A. LUZÓN

EL DÍA

Era el caos: las sombras de la nada esparcidas del éter en el hueco, volteando en el espacio, en incesante giro, se fundieron: y el insondable abismo sin leyes y sin tiempos, del inmenso infinito en las tinieblas inertes recorrieron.

Brilló de Dios la voluntad potente, abriéronse las sombras en jirones; y al nacer la *Distancia* marcó, en la lejanía, el *Horizonte*: y al paso de la *Aurora* en su vibrante carro de colores,

En dos postales

en los rayos del sol, gozoso el *Día* de las *Horas* fundió los eslabones, bañando con las luces de la *Tarde* las horas precursoras de la *Noche*.

LA NOCHE

Luce la blanca luna; alumbran las estrellas y en incesante vértigo abismados los mundos siderales se encadenan. La *Noche* sigue al *Día*: tras la sombra Vuelve la luz en esplendores llena. Y así por siempre ya: roto el misterio de la celeste esfera, las sombras y las luces giran esclavas de la *Ley Eterna*.



AUTOGRAFO

Pensamientos que á solas
por tí concibo
y en el aire que pasa
te los envío.
Acójelos amante
sin ceño esquivo,
no los lances al viento
con tu abanico.

1903.

E. del REY

Carpenter



S

SEPTIEMBRE

O

OCTUBRE

N

NOVIEMBRE



POR ADRIÁN DEL VALLE

Ilustrado por A. Melero

“ESTA noche, á las ocho.”

No decía más la esquila, pero tampoco hacía falta. Cándido la releyó infinidad de veces, mientras sus ojos brillaban de contento y asomaba en sus labios la sonrisa del triunfo.

Al fin lograría su sueño dorado: hablar libremente con Marcela, expresarle con ardientes palabras la intensidad de su cariño.....

Era su primer aventura galante y esto añadía nuevo encanto á la cita. Un recuerdo inoportuno amargó algo su alegría. Tiempo atrás, había sido engañado por una mujer á la que diera, junto con su nombre, el tesoro aún máspreciado de su primer amor. Fué un recuerdo fugaz, que pronto se disipó.

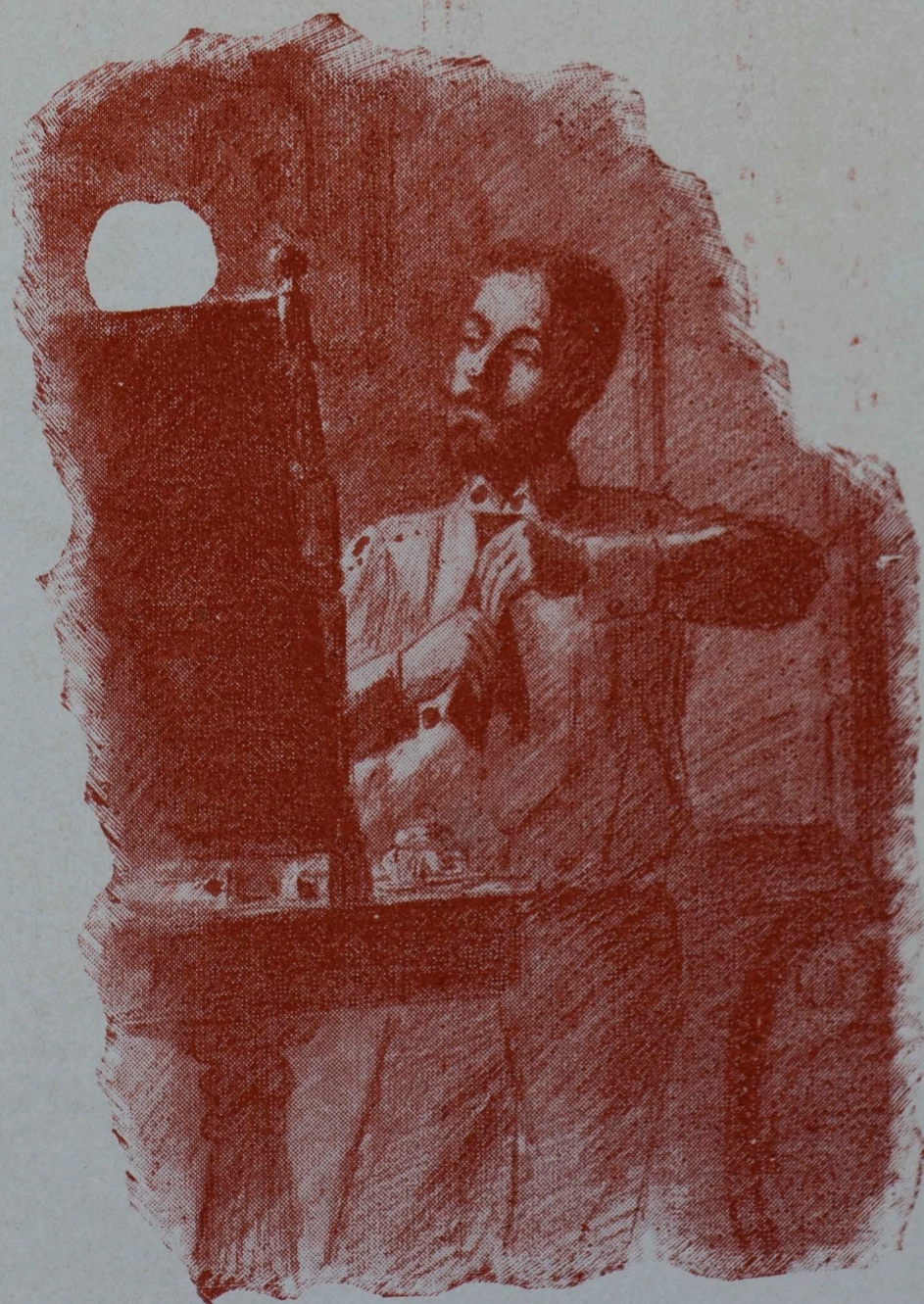
Vistióse con esmero, se acicaló cuidadosamente, ensayó ante el espejo algunas actitudes arrogantes y salió de su casa una hora antes de la fijada para la cita, dispuesto á calmar su impaciencia paseando á la ventura por las calles de la ciudad.

Por una extraña mezcla de ideas, tan pronto pensaba en Marcela, la mujer á cuya cita acudía, como en Ofelia, la ingrata que le había engañado. Las figuras de las dos mezclábanse en su mente y ya las confundía en un mismo anatema, ya las envolvía en un mismo amor.

Hasta llegó á dudar de su propia

personalidad, no sabiendo si en aquellos momentos era él el engañado ó el engañador.

Por un esfuerzo de voluntad fijó sus ideas. Quiso alejar el recuerdo de Ofelia y pensar sólo en Marcela. En vano. Su pensamiento volaba siempre hacia la primera. ¿Sería que la amaba todavía? Estaba persuadido de que el amor que antes le profesara, habíase trocado en desprecio; pero ¿cómo olvidar el cruel desengaño que roía aún su corazón? ¿cómo no echar de menos aquel hogar tranquilo y feliz que había deshecho para siempre un capricho de mujer? ¡Oh, las mujeres! Todas eran lo mismo ¿Acaso Marcela, que den-





tro de poco iba á estrechar entre sus brazos, no era también un ejemplar de la eterna fragil que olvida sus deberes arrastrada por la ola de una pasión momentánea? Ahondando más, se preguntó de quién era la culpa, si del hombre ó de la mujer. Pensó que si Marcela al fin accedía á sus ruegos no era sin lucha; recordó que él la había asediado, sugestionándola con la lisonja, con la protesta constante de un falso amor, con los traidores ardides de una mentida pasión, arrastrándola poco á poco al abismo..... No, no toda la culpa era de ellas.

Temió seguir haciendo consideraciones. Miró el reloj: faltaban pocos momentos para la hora deseada.

Cuando hubo salido el mozo llevándose el servicio, Cándido cerró la puerta del gabinete reservado y fué á sentarse al lado de Marcela. Le cogió una mano, que ella le

abandonó pasivamente, y se la besó repetidas veces.

—¿Me quieres?—le preguntó.

—Si no te quisiera—repuso ella—¿hubiera venido á verte olvidando mis deberes de esposa?

Un escalofrío corrió por todo el cuerpo de Cándido. Quizás fueran esas mismas palabras, pensó, las que pronunciara Ofelia la primera vez que lo engañara. ¿Porqué en aquellos momentos acudía á su mente el cruel recuerdo? Trató de desecharlo, intentó enlazar con sus brazos á la hermosa mujer que tenía al lado, diciéndole al oído palabras de amor; pero sus brazos no se movían y su boca permanecía muda.

Ella lo miró, extrañada de su silencio y pasividad. Cándido comprendió que la situación se hacía ridícula para él. Levantóse y paseó unos momentos por el gabinete. Marcela, inmóvil, fija la mirada en el suelo, estaba en actitud pensativa.

—¿Pensará en sus hijos?—preguntóse mentalmente Cándido.



Esta nueva consideración entibió aún más la pasión amorosa de Cándido. Indudablemente aquella era la primera caída de Marcela, y él era el causante de ella. ¿Cuáles serían las consecuencias? ¡Ah! Bien las conocía. ¿Por qué, entonces, amargar la vida de un hombre que ningún daño le había hecho? ¿por qué labrar quizás la infelicidad de inocentes niños? ¿por qué deshacer un hogar tranquilo y feliz? Todavía estaba á tiempo para evitar el daño.

Volvió á sentarse en el diván y de nuevo cogió la mano de Marcela, pero esta vez sin besarla.

—No me juzgues mal, Marcela..... empezó diciendo.

—¿Y por qué he de juzgarte mal?—repuso ella mirándolo intensamente con sus hermosos ojos.

Cándido, indeciso, se pasó la mano por la frente.

—¿Amas á tus hijos—le preguntó de repente.

—Los adoro.

—¿Quieres á tu esposo?

Marcela bajó, turbada, la cabeza.

—Sí, lo quieres—continuó Cándido, —porque es bueno, porque es el compañero de tu vida, con el que has sufrido y gozado, porque es el padre de tus hijos. Y haces bien en quererlo. Extraviada por una pasión pasajera que sólo hablaba á tus sentidos; sugestionada por mis protestas de amor, has podido olvidar por un momento.....

—¿Y para decirme esto me has hecho venir aquí?—dijo Marcela tratando de levantarse.

Él la retuvo suavemente.

—Escucha. Cuando vine aquí pue-

des creer que estaba bien lejos de pensar en hablarte así.

Tus primeras palabras provocaron en mí esta reacción.

Ellas abrieron una herida que creí cicatrizada.....

Yo también fuí esposo y fuí padre.

Un miserable me robó el amor de la que era mi mujer y causó la infelicidad de mis hijos.....

¡Si supieras lo que sufrí!..... Si lo supieras.....



Calló, hundiendo por un momento el pensamiento en el doloroso recuerdo.

La emoción henchía su pecho, anudaba su garganta y obscurecía su cerebro.

Cuando volvió á la realidad y miró á Marcela, vió dos lágrimas en su rostro.

—No;—continuó—el que fuera yo víctima del ajeno egoísmo, no justifica que me convierta en verdugo

de la felicidad ajena. Si tu no tuvieras hijos, si no quisieras á tu esposo, podríamos amarnos libremente, á la luz del sol; pero amarnos hipócritamente en la sombra, engañar, y engañarnos á nosotros mismos... ¡eso no es noble, ni honrado, ni generoso!

Marcela se levantó y sin desplegar los labios púsose su sombrero y arreglóse el vestido, tratando en vano de ocultar su turbación.

—¡Marcela!.....

Se volvió, enjugándose los ojos con el pañuelo, y tendió su mano á Cándido.

—¡Gracias!—le dijo—¡Adiós!
Y salió precipitadamente.

Por breves momentos Cándido estuvo atento, oyendo los pasos que se alejaban.

—Es el amor que se va,—exclamó con tristeza.

Luego se dejó caer en el diván, ocultó el rostro entre las manos y lloró en silencio.....



¿CUAL SERIA?

POR B. BYRNE

¡Se fué del mundo sin decirme nada!
Cesaron de su pecho los latidos,
sin que su voz llegase á mis oídos,
triste, como una antífona sagrada.

En su alcoba, silente y enlutada,
quedaron sus recuerdos esparcidos,
como quedan las plumas en los nidos
si el ábrego sacude la enramada.....

Dios, para quien no existe un solo arcano,
únicamente contestar podría
esta pregunta que formulo en vano:

—¿Su último pensamiento cuál sería,
cuando muriendo me apretó la mano
y cruzó su mirada con la mía?

LAS HOJAS SECAS

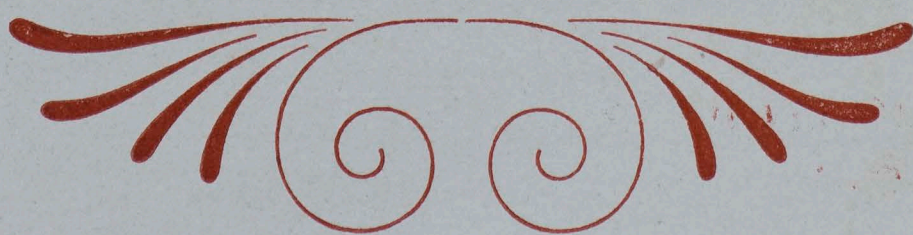
POR DIWALDO SALOM

Vue'an girando en remolino airado,
amalgamadas por el frío viento;
mas no llegan jamás al firmamento
por las brillantes brumas tapizado.

Con la presencia del invierno helado,
cuando toman un tinte amarillento,
entonan en las ramas un lamento,
mientras el árbol cruje disecado.

Un soplo luego sin piedad las trunca,
y aquellas que se posan en la tierra
parecen desmayados corazones.....

¡Ay! De rodar allí no cesan nunca,
temblando como el hombre que se aferra
el ánsia de vivir sin ilusiones.





¡MAÑANA! Ruego

JULIO 1904

1 v s Casto
 2 s Ntra. Sra.
 3 d s Trifón
 4 l s Laurean
 5 m s Zoa
 6 m s Lucía
 7 j s Fermín
 8 v s Isabel
 9 s s Cirilo
 10 d s Amalia
 11 l s Pio, p.
 12 m s Juan G.
 13 m s Anaclet.
 14 j s Buenav.
 15 v s Enrique
 16 s N.S. Carm.
 17 d s Alejo
 18 l s Sinforos
 19 m s Justa
 20 m s Elías
 21 j s Práxed.
 22 v s María M
 23 s s Apolin.
 24 d s Cristina
 25 l †SANTIAG.
 26 m s Ana
 27 m s Pantal.
 28 j s Víctor
 29 v s Marta
 30 s s Abdón
 31 d s Ign. L.

OCTUBRE

1 s s Remigio
 2 d s Angel C.
 3 l s Cándido
 4 m s Franc. A
 5 m s Froilán
 6 j s Bruno
 7 v s Marcos
 8 s s Brígida
 9 d s Dionisio
 10 l s Francisc
 11 m s Fermín
 12 m N. S. Pilar
 13 j s Eduard.
 14 v s Calixto
 15 s s Teresa
 16 d s Galo, ab.
 17 l s Eduvig.
 18 m s Lucasev
 19 m s Pedro A.
 20 j s Irene
 21 v s Hilarión
 22 s s María S.
 23 d s Pedro P.
 24 l s Rafael
 25 m s Crisant.
 26 m s Evarist.
 27 j s Vicente
 28 v s Simón
 29 s s Narciso
 30 d s Claudio
 31 l s Quintín



AGOSTO

1 l s Pedro
 2 m N. S. Ang.
 3 m l. s Esteb.
 4 j s Doming.
 5 v N. S. Niev.
 6 s T. del Sr.
 7 d s Cayetan
 8 l s Ciriaco
 9 m s Román
 10 m s Lorenzo
 11 j s Tiburcio
 12 v s Clara
 13 s s Hipólito
 14 d s Eusebio
 15 l †ASUNC.
 16 m s Roque
 17 m s Pablo
 18 j s Agapito
 19 v s Luis, ob.
 20 s s Bernard
 21 d s Joaquín
 22 l s Timoteo
 23 m s Felipe B.
 24 m s Bartolo.
 25 j s Luis, rey
 26 v s Ceferino
 27 s s Rufo
 28 d s Agustín
 29 l D. s J. Bta.
 30 m s Rosa L.
 31 m s Ramón

NOVIEMBRE

1 m Tod. SANT
 2 m Conm FD
 3 j Inn. M. Za
 4 v s Carlos B
 5 s s Zacarías
 6 d s Severo
 7 l s Florenc.
 8 m s Severian
 9 m s Teodoro
 10 j s Andr. A.
 11 v s Mart. ob
 12 s s Mart., p.
 13 d s Estanisl
 14 l s Serapio
 15 m s Eugenio
 16 m s Rufino
 17 j s Gertrud.
 18 v s Máximo
 19 s s Isabel, r.
 20 d s Félix v.
 21 l Pr. N. Sra.
 22 m s Cecilia
 23 m s Clement
 24 j s Juan Cr.
 25 v s Catalin^a
 26 s Desp. N. S^a
 27 d I DE ADV.
 28 l s Greg. III
 29 m s Saturni.
 30 m s Andrés

SEPTIEMBRE

1 j s Gil, abad
 2 v s Esteban
 3 s s Sandal.
 4 d s Cándido
 5 l s Lorenzo
 6 m s Eugenio
 7 m s Regina
 8 j †NAT. N.S.
 9 v s Gorgon.
 10 s s Nicol. T.
 11 d s Proto
 12 l s Leoncio
 13 m s Felipe
 14 m Ex. S Cruz
 15 j s Nicomed
 16 v s Cornelio
 17 s s Pedro
 18 d s Tomás
 19 l s Genaro
 20 m s Eustaq.
 21 m s Mateo
 22 j s Mauric.
 23 v s Lino, p.
 24 s N. S^a M. T.
 25 d s Lope
 26 l s Ciprian.
 27 m s Cosme
 28 m s Wencesl.
 29 j s Miguel
 30 v s Gerónim

DICIEMBRE

1 j s Eloy
 2 v s Bibiana
 3 s s Franc. J.
 4 d s Bárbara
 5 l s Sabas
 6 m s Nicolás
 7 m s Ambros.
 8 j INM. CONC
 9 v s Leocad^a
 10 s N. S. Lor.
 11 d s Dámaso
 12 l s Sinesio
 13 m s Lucía
 14 m s Nicas. T.
 15 j s Eusebio
 16 v s Valent T
 17 s s Lázár. T
 18 d N^a Sra. O.
 19 l s Nemesio
 20 m s Doming.
 21 m s Tomás
 22 j s Demetr.
 23 v s Victoria
 24 s s Delfina
 25 d †NAT. N.S.
 26 l s Esteban
 27 m s Juan, ap.
 28 m ss Inocent
 29 j s Tomás
 30 v Tr. d Sant
 31 s s Silvestre